

ENSAYO

CIENCIA Y CONCIENCIA POLITICAS

Por Rodrigo Fernández Carvajal

La sola mención de las dos palabras "ciencia" y "política" evoca en nosotros un mundo de sensaciones opuestas. "Ciencia" es = saber sistemático y riguroso, para cuya obtención es necesario revestirse de una actitud serena y desapasionada, y "política" es ante todo actividad, y toda actividad supone pasión, y también, en el límite, la inevitable utilización de la violencia.= Ahora bien, este contraste tiene, por razón de su misma intensidad, un gran valor de desafío y estímulo. El espíritu científico encuentra en la política su más decidido antagonista y también, por tanto, la ocasión de lograr su más señalada victoria; la política se alza ante él con la agresividad de una alta montaña ante un escalador, y elaborar una "ciencia política" siempre será una empresa incitante. Examinemos someramente algunos de sus aspectos.

1

Conviene precisar por de pronto ciertos conceptos básicos, que aunque al punto no parezcan tener conexión con nuestro tema me parece que son necesarios para su planteamiento correcto. Llamaremos "científicos", empleando el término con una máxima generalidad y amplitud, a todos aquellos que en su contacto con la -- realidad, con cualquier realidad, se proponen de un modo habitual trascender de la "doxa" a la "epístème"; es decir, desde = el conocimiento vulgar, no apuntalado por garantía alguna que = nos asegure su validez, hasta el conocimiento crítico, basado = en demostraciones y pruebas. Cuando el científico no recorta o "precisa" (recortar y precisar son términos equivalentes) una = determinada parcela de la realidad, sino que intenta decirnos = algo válido para toda ella en su conjunto, le damos el nombre = de filósofo; propiamente, pues, tal denominación convendría tan sólo al metafísico, pero por extensión abarca también, desde -- Aristóteles, a los consagrados a alguna "filosofía segunda", es to es, a los que no obstante polarizar su atención sobre una de terminada parcela de la realidad no pierden nunca de vista el = todo de que forma parte, sino que intentan comprenderla y expli carla precisamente en función del mismo. Frente a la contrac- = ción de la mirada propia del "científico positivo", que hace ca so omiso de la visión sinóptica para enfocar en detalle el sec tor que le interesa, el "filósofo segundo" trata de situar ese sector a la luz de la totalidad circundante. Aquel es compara- = ble al contraamaestre, responsable del orden interior del barco, y éste es comparable al piloto, que orienta la navegación te- = niendo siempre ante sí el círculo completo del horizonte.

"Filósofos primeros", "filósofos segundos" y "científicos posi- = tivos" integran, juntamente con la cohorte de quienes les secun dan con mayor o menor autenticidad, una vaga categoría general, muy típica de nuestro tiempo: la constituida por los que sole- = mos llamar "intelectuales", con palabra de uso en España desde los últimos años del siglo XIX. Sociológicamente, el "intelec- = tual" parece resultar de un propósito de contrapunto respecto = de la sociedad de masas contemporánea, y se desarrolla por tan-

to como tipo social al mismo compás de ésta; una sociedad masificada, desarticulada, esclava de la "doxa", genera una espuma = de gentes que procuran sobrenadarla, bien por auténtico espíritu de selección, bien por esnobismo, bien por complejas mezclas de aquel y de éste, y para ello tratan de pasar desde la "doxa" a la "epistème", aunque muchas veces se quedan en la "paradoxa", esto es, en la mecánica inversión de las opiniones comunes. Juego arriesgado, pues si el darle la vuelta a una opinión corriente puede llevarnos a la obtención de una verdad también puede = arrastrarnos al error, en la medida en que no siempre, ni mucho menos, las opiniones corrientes son totalmente falsas; lo más = común, quizá, es que se albergue en ellas un germen de verdad = necesitado de cultivo y depuración. En consecuencia, puede ocurrir que, a la postre, el intelectual paradójico se desvíe de = la verdadera "epistème" más que la masa de la que intenta distanciar, sobre todo en aquellos sectores de la vida que no corresponden a su específica competencia profesional. Muchas veces pasa que el mismo intelectual funciona en ciertos ámbitos = como auténtico científico, totalista o parcelador, y en otros = como simple jugador "au rebours" que se obstina en decir "blanco" allí donde el vulgo dice "negro".

Los intelectuales, en sus variadas gamas, forman un tejido unitario cuyas partes se influyen recíprocamente con variable intensidad; más interesante, sin duda, en los países hispánicos = que en los anglosajones. De esta interpenetración se deriva la existencia de una moral de grupo, esto es, de unos hábitos de = conducta reguladores de su vida interna y de sus relaciones con la sociedad global de que forman parte. Naturalmente, tales hábitos no se imponen de un modo uniforme y mecánico, sino con = distinta eficacia según personas y situaciones.

Dejando a un lado los hábitos reguladores de la vida interna -- del grupo intelectual reparemos en los que rigen la relación de éste con la masa. El intelectual puede, ciertamente, desentenderse de ella para encerrarse dentro de la consabida "torre de marfil"; ésta fué, quizá la actitud más frecuente en la primera generación de intelectuales, la generación finisecular. Pero también puede adoptar una actitud activa, sea gobernante, pedagógica, demagógica o denunciante; en realidad, la actitud activa es la única concebible en una época de crisis y transformación social tan profunda como la que transcurre desde 1914 hasta hoy, una época que ha sitiado con fuego las más herméticas = torres de marfil y obligado a salir fuera a sus últimos ocupantes. Y a la luz de una ética universal, que puede o no coincidir con la ética propia del grupo, entiendo que la única actitud activa que conviene a los intelectuales es la pedagógica; a ella están llamados en conciencia y por deber de estado. Ciertamente que la actitud pedagógica no es incompatible con la vocación gobernante; pero ésta ya no es propia del intelectual en = cuanto tal, puesto que requiere, sobreañadidas a las virtudes propias del enemigo de la opinión y amigo de la ciencia, otras muy distintas -fortaleza y prudencia política- que el intelectual puede tener o no tener; pienso que lo más frecuente es que no las tenga, ya que la propensión contemplativa suele enervar el sentido de la acción. En cuanto a la actitud denunciante, sólo es moralmente admisible si aparece embebida en la actitud pedagógica, como una dimensión interna de la misma; destapar y poner en evidencia un mal que no se va a procurar remediar es algo profundamente innoble. Pascal dice que Cristo no nos muestra-

ría con tanta crudeza nuestras llagas si no estuviese siempre = dispuesto a curarlas, y de esta divina actitud deberían tomar = ejemplo los intelectuales.

Ahora bien, en razón de su origen sociológico, antes descrito, = el intelectual contemporáneo propende a adoptar como propio un gesto exclusiva o preferentemente denunciante; la denuncia de = la torpeza y cerrilidad de la masa sumida en la opinión es algo así como un instintivo reflejo natatorio que brota en él para = mantenerse a flote sobre esa masa, o lo que tanto vale, para -- afirmar su diferenciada condición de intelectual. Si este reflejo no es ascéticamente controlado y puesto al servicio de una = actitud pedagógica el intelectual puede producir mas daños que beneficios sociales. La irritada reacción del hombre común contra los superexquisitos "cerebros verdes", como suele llamar a los intelectuales un amigo mio que es él mismo un refinado intelectual, tiene un fondo de justificación abrumadoramente grande, aunque, desde luego, vaya habitualmente mezclada con otros motivos menos puros.

La pedagogía que corresponde practicar a los intelectuales no = es una pedagogía individualizada, o no lo es necesariamente; tam bién para la tarea de educar individuos se precisa un especial donum didacticum que, como el don del talento político, el intelectual puede tener o no tener. Me refiero más bien a una general disposición edificante en la que entran como ingredientes la paciencia, el deseo de servir, la huída del tono definitorio o campanudo, la capacidad de convertirse a veces en discípulo = de aquella misma masa a la que se pretende elevar. Un biógrafo de San Francisco de Asís dice que "entre los pecadores parecía uno de ellos"; conviene también al intelectual no diferenciarse demasiado de aquellos respecto de los que tiene cura de almas. = Se trata, en suma, de una actitud compleja, que ni siquiera posee nombre adecuado; si la palabra "demagogía", o conducción de pueblos, no tuviese sentido peyorativo quizá fuese la más elocuente, por su correlación con "pedagogía", o conducción de jóvenes. A falta de otra expresión mejor, podríamos hablar de "pedagogía social". El intelectual, en tanto pedagogo social, tiene como misión contemplata aliis tradere; no gobernar la ciudad, como el sabio de Platón, cosa que inmediatamente le enzarzaría hoy en la lucha de partidos, sino ejercer sobre ella una humilde e inexorable presión que la haga ver y obrar conforme a la verdad. Corresponde, pues, al intelectual una "vida mixta", a la vez contemplativa y activa, en la que la acción se nutra de la contemplación y sea, por así decirlo. su rebose.

Claro está que al desarrollo de esta vocación se oponen fuertes obstáculos sociales. Cuando Santo Tomás habla de los diferentes estados de vida al final de la segunda parte de la Suma afirma la primacía de la vida activa que aquí evocamos, derivada ex plenitudine contemplationis, sobre la vida activa quod totaliter in occupatione exteriori consistit; pero se cuida de precisar nisi forte in cassu necessitatis (1). Es decir, pueden existir circunstancias de extrema gravedad que obliguen a invertir el orden de preferencia y den prioridad a la pura praxis política sobre la pedagogía social, tal como la hemos caracterizado; = y no hay duda de que en nuestro tiempo tales circunstancias se presentan muchas veces, sobre todo en países socialmente poco = articulados, con una división del trabajo social todavía rudi--

(1) Summa Theol. II-II, q.188 a.6 .

mentaria. Países que se ven obligados, ante los problemas de su vida civil, a echar una y otra vez toda la leña al fuego, esto es, a convertir sistemáticamente sus intelectuales en ministros, aunque no tengan quizá las dotes políticas adicionales necesarias para la función; con lo cual viven en una perpetua matanza de la gallina de los huevos de oro y exponen peligrosamente a esos intelectuales a la tentación del poder, que a la larga puede hacerles fracasar a dos paños, como intelectuales y como políticos. Para precisar la idea podríamos llamar a esta trampa = la "tentación de Antifonte": aquel sofista que interpeló a Sócrates sobre cómo tenía la pretensión de formar hombres públicos, cuando él, en cambio, no hacía política, y al que Sócrates replicó que la más intensa dedicación a la cosa pública consistía, cabalmente, en capacitar al mayor número de hombres para = que pudieran practicarla (2).

Sea por imperiosa exigencia social, sea por personal gusto, el caso es que muchos intelectuales acaban haciendo, antes o después, política, y de esta experiencia suelen salir casi siempre lacerados; resentidos unas veces y otras convertidos en sensibilidades heridas, según sea menos o más acendrada su calidad moral. Los ejemplos españoles, próximos o remotos, son abundantes, y merecerían un estudio aparte; un estudio hecho con suma delicadeza, pues habrían de tocarse en él repliegues psicológicos muy íntimos. La decepción política suele determinar un curioso tránsito desde la inicial actitud pedagógica a otra posterior actitud denunciante, e incluso abiertamente demagógica en el peor = sentido del término; el intelectual decepcionado se revuelve -- contra la masa que no se ha dejado modelar. En España, además, = el problema es grave en razón de que al intelectual suele faltarle "eros pedagógico" en muchos casos, en más quizá que en -- otros países; y así, al sufrir el desengaño político se queda = dramáticamente vacío, como si la sociedad le hubiese arrebatado la que él cree única forma de realizar su función social.

Todo ésto tiene que ver con la ciencia política mucho más de lo que al pronto pudiera pensarse, pues la ciencia política guarda conexiones vitales con el clima moral del país; infinitamente = más vitales que las de cualquier otro sector científico. El intelectual políticamente decepcionado expande en torno a sí "misología" respecto del saber político; misología es el nombre -- que da Platón a la aversión al logos específicamente brotada -- del hecho de haber creído en la verdad de determinados razonamientos que luego se nos han mostrado falsos (3). Y esta misología difusa, asimilada por la cohorte de los intelectuales miméticos, contribuye a formar un ambiente de escepticismo u hostilidad para la ciencia política, como si fuese vano empeño cultivar objetiva e imparcialmente un campo tan insidiosamente minado.

2

La intensidad de las conexiones entre la ciencia política y la sociedad deriva de dos motivos estrechamente unidos: por una -- parte la ciencia política tiene como punto de partida el mismo mundo de la "doxa" de que se alimenta la sociedad; y por otra, = una vez elaborada y constituida, reobra sobre la sociedad y despierta en ella una nueva conciencia crítica de sí misma que sustituye a la anterior conciencia espontánea, o cuando menos se = amalgama con ella en un producto híbrido.

(2) Jenofonte, Memorabilia, I, 6, 15.

(3) Fedón, 89.

Veamos por de pronto estas conexiones en su estado naciente, es to es, en los orígenes griegos de la ciencia política y en su prolongación medieval, pues en él se nos muestran con una limpi dez enturbiada a partir del Renacimiento por dos principales -- factores: la no siempre oportuna adopción de un lenguaje jurídi co y el prestigio contagioso de la ciencia natural. Aun hoy cam pea dominadoramente el segundo factor; en cuanto al primero, se ha transformado, por la ley del péndulo, en una peligrosa infra valoración de la importancia del derecho dentro de la vida pú-- blica.

Para los fundadores de la ciencia política occidental, Platón y Aristóteles, forma ésta, como es bien sabido, una entidad con = la ciencia ética; Platón reúne a las dos en la gran construc = ción de la República, y Aristóteles, si bien las separa externa mente en dos tratados, no las distingue internamente; la cien-- cia práctica suprema es la política, y de ella la ética es tan sólo una parte dedicada al "estudio del carácter". Lo que por = convención podemos llamar "ética", en sentido estricto, trata = de las virtudes o excelencias propias del individuo, pero en -- cuanto el bien de éste es el bien de la ciudad, y a la inversa, se hace necesario investigar cómo estas virtudes pueden ser fo mentadas mediante una sana constitución de la ciudad. Ahora -- bien, tal investigación no arranca de iniciales afirmaciones -- abstractas para llegar a conclusiones concretas, sino que se si túa desde el principio en el plano de las opiniones recibidas, = cribándolas y clarificándolas pacientemente; la política, y em bebida dentro de ella la ética, diríamos que es como una esta-- ción depuradora puesta al lado de una turbia, pero preciosa, co rriente de agua, y cuya misión es tratar el agua para devolver la luego al cauce y asegurar así su potabilidad en beneficio de todos. Más exactamente, el método propio de la ciencia política tradicional no es demostrativo, sino dialéctico; no parte de -- premisas verdaderas reducidas a axiomas, sino de premisas proba bles constituidas por opiniones previamente manifestadas o vivi das por el pueblo y por los hombres competentes. Lógicamente el diálogo es la forma que conviene a esta especie de investiga = ción y no un simple ornamento artístico o recurso expositivo; el diálogo que está presente en Platón y en las obras perdidas de = Aristóteles, y como disecado e implícito en tantas páginas de = éste y aún en cualquier cuestión de la Summa de Santo Tomás (4).

(4) El método sobreentendido en la ética y en la política anti guas fué explicitado por Aristóteles en los Tópicos, que ense ñan el arte de construir una buena argumentación, y en la Retó rica, que enseña a hacer un buen discurso, es decir, a interve nir persuasiva y eficazmente en el curso de un diálogo. Dos par tes de su sistema preteridas y calumniadas desde el siglo XVII, cuando el cartesianismo desacredita los conocimientos humanís-- ticos, y por tanto aproximativos, en beneficio de los conoci = mientos naturales y exactos, pero que, desde hace pocos años es tan teniendo una interesante renovación principalmente represen tada por el Traité de l'argumentation, de Perelman y Olbrechts Tyteca (1958) y posteriores publicaciones del "Centro Nacional de investigaciones lógicas", de Bruselas.

Con todo, muchos de los actuales metodólogos de las ciencias so ciales parecen desconocer hasta la misma existencia de esta anti gua, y ya ahora otra vez nueva, lógica de la vida práctica. Es notable que Lazarsfeld, príncipe de la sociología empírica, no aluda para nada a ella en la Philosophie des Sciences sociales

Propiamente, de esta investigación no se sigue una "epistème" = en sentido estricto, sino en sentido analógico, puesto que no = cabe llegar a demostraciones rigurosas; el razonamiento no se = mueve, como en las matemáticas, en el plano de lo necesario, si no en el plano de lo "endoxon" o probable, es decir, de lo considerado verdadero por la mayoría o por los hombres competentes. Pero tiene que haber, desde luego, un principio general de referencia que oriente la controversia y que permita la progresiva clarificación, igual que no se concibe, para volver al ejemplo, una estación depuradora que no trabaje sobre la base de una fórmula ideal de "agua potable", ni un médico que trate a un enfermo sin una cierta noción de lo que es la buena salud. Este principio viene dado por la idea del régimen político óptimo, siempre implícita en toda controversia política, idea que a su vez es función del género de vida preferible: aquel en el que se desarrollen más plenamente las virtudes, coronadas por la teoría o contemplación religiosa y científica.

El objeto de la ciencia política constituida de este modo es la propia "doxa", según decíamos antes. Mientras que en la biología o en la física la "doxa" es como una frondosidad que hay -- que ir apartando para llegar a la "epistème" propiamente dicha, referida a realidades necesarias que no caen bajo el ámbito de la actividad humana, en la ciencia política es la frondosidad = misma la meta de nuestra atención; la referencia al pensamiento y a la voluntad humanas, de los que son fruto las instituciones y los procesos políticos, no es un mero recurso propedéutico, = sino un propósito definitivo; no se trata, como dice Barker (5), de contar cuántos dientes tiene un animal, dato externo ajeno a nosotros, sino de intervenir con espíritu crítico y apaciguador en un mundo de realidades modeladas y dirigidas por hombres, al terables por obra del espíritu humano y sujetas a un continuo = debate en el mercado y en el ágora. En su estado bruto las opiniones son quizá inconsistentes, erróneas por carta de más o de menos, recíprocamente incompatibles; nos hundan en una situación de "aporía" o callejón sin salida de la que es necesario = emerger mediante un movimiento natatorio no dirigido a la propia y egoísta salvación, como el del intelectual contemporáneo, sino a la salvación general.

Este interno dinamismo de la ciencia política clásica hace de = ella una imperecedera manifestación de aquella "pedagogía social" que antes consideramos; ayer y hoy, lo que desde sus profundidades reclama la sociedad al científico político es una -- "catarsis" o purificación de sí misma, pues la "doxa" es de por sí insegura, consciente como un niño de su inestable situación intermedia ante el conocimiento y la ignorancia, aunque a veces, por un mecanismo psicológico de reacción análogo al del niño, se muestre con despóticas apariencias de seguridad. Platón compara las opiniones a las estatuas de Dédalo, siempre representadas =

../.. (París, 1970), recopilación de sus más brillantes estudios. Y apuntando más lejos y más arriba: cuando Max Weber condena a una radical irracionalidad el mundo de las decisiones -- éticas y políticas nos está mostrando también su olvido de tan importante rama del saber.

(5) The Political Thought of Plato and Aristotle, reed. 1959, = pág. 252.

en actitud de fuga, y que así permanecen mientras alguien logra atarlas y fijarlas, o sea convertirlas en ciencia, mediante un razonamiento causal (6).

Si en los orígenes griegos la ciencia política supone una "cattarsis", u operación purificadora que retiene lo mejor y expulsa lo peor del cuerpo social, "cattarsis" era también el derecho en Roma y aun lo sigue siendo en nuestro mundo actual. Repárese en que la Jurisprudencia -ciencia orillada y menospreciada = por tantos sociólogos contemporáneos (7)- sigue asumiendo hoy = esta función práctica que las demás ciencias sociales han perdido, o a lo sumo ejercen sin percatarse plenamente de ello y como subproducto de su actividad teórica.

En Roma el prudente desempeñaba un papel arbitral y pacificador comparable al del filósofo político en Grecia, con la diferencia de que no se aplicaba, o apenas si se aplicaba, a controversias públicas, sino a controversias privadas, que oponían entre sí a dos ciudadanos y no a dos fracciones de la ciudad, y con la diferencia también de que sus responsa, al inspirar la sentencia del juez, alcanzaban una fuerza ejecutiva de la que carecía la filosofía griega; mientras ésta se ceñía a proponer paradigmas imitables a la ciudad la jurisprudencia romana sugería a los ciudadanos soluciones de inmediata aplicación, basadas en interpretaciones del derecho positivo y revestidas de autoridad (8). Pero no obstante estas diferencias el método es sustancialmente idéntico; a lo largo de los siglos el mundo grecorromano, y luego el medieval, cultivan una enseñanza escolar basada en la Retórica y en los Tópicos, o en sus innumerables refundiciones y adaptaciones, enseñanza que adiestra en el arte de la controversia, es decir, en el arte de razonar progresivamente sobre el material bruto de las opiniones alegadas por las dos partes contrastándolas a la luz de un ideal superior de justicia. = Este proceso activo y casuístico de alumbramiento del derecho = no tiene, como dice Villey, un carácter "monódico", sino un carácter "polifónico"; también al derecho se asciende, como al mundo de las ideas según Platón, "hablando por medio de preguntas y respuestas". No es extraño, dado este humus común en el que hunden sus raíces la filosofía y el derecho, la semejanza estructural entre el método escolástico y el procedimiento judicial, semejanza de la que se tenía plena conciencia en la época de Santo Tomás.

(6) Menón, 97 D

(7) Es de notar, y de lamentar, que el Derecho brilla por su ausencia, o es reducido a una mínima significación, en la mayoría de los diccionarios, enciclopedias y "digestos" de ciencias sociales que hoy tan profusamente se publican; tal pareciera que no es una auténtica ciencia social.

(8) No faltan, con todo, en la ciencia política griega algunas soluciones casuísticas de controversias políticas, aunque los testimonios de las mismas apenas si han llegado a nuestro conocimiento; así las "Alegaciones de las ciudades griegas" atribuidas a Aristóteles, que parecen una serie de dictámenes de derecho conforme a los cuales resolvió Filipo las disputas planteadas en el sínodo de Corinto de 388 a. JC. (vid. Barker, op. cit. p. 212; también DURING, Aristoteles, Heidelberg, 1966, pág. 478) Si nos hubiese llegado esta literatura la filosofía griega se nos mostraría acaso como algo más próximo a la jurisprudencia romana de lo que hoy nos imaginamos, y también como fuente de un específico derecho público.

Obra colectiva, en suma, o, para decirlo con una expresión hoy, = prestigiosa "trabajo de equipo". Aun en nuestros días los abogados de las partes, el fiscal y los jueces, se conjugan para realizar una discriminación dialéctica entre las múltiples alegaciones manifestadas ante el tribunal, sopesándolas en relación al caso debatido con procedimientos que hasta el siglo XVI eran comunes a todo el saber moral y social, pero que sólo la práctica forense, y en parte las técnicas de discusión de las Asambleas legislativas, y el buen periodismo político, han sabido = institucionalizar y retener.

Lo chocante de la ciencia política contemporánea, tan pagada de su superioridad sobre la jurisprudencia y el periodismo es que ha venido a adoptar, influida por la metodología de las ciencias naturales, unos sistemas de investigación y de exposición muy distintos, en los que el "trabajo en equipo" significa sólo un reparto material de tareas semejante al que se realiza en la industria o en el laboratorio y no una recíproca fecundación de espíritus. En consecuencia, ocurre que sus cultivadores, por -- muy defensores de la democracia que se nos muestren, arrancan = en realidad de una actitud antidemocrática; donde no hay depuración dialéctica en la génesis misma de la ciencia política no = puede haber verdadera democracia, y el sufragio viene a ser tan sólo una última ratio que solucióna los problemas políticos por vía irracional y cortando el nudo, como los podría solucionar = un acto de fuerza o la invocación de un mito. No basta con que se conserve al nivel de la prensa y de las discusiones parlamentarias una caricatura de dialéctica degradada en polémica, ni -- con que eventualmente algunos problemas políticos lleguen al ámbito forense a través de las jurisdicciones de carácter constitucional. Si todos estos debates no van precedidos y como sumergidos en la atmósfera de una ciencia política dialécticamente = elaborada difícilmente podrá remontarse el plano de la simple = opinión y acceder a un verdadero conocimiento, y a la conciencia espontánea que la sociedad política tiene de sí misma nunca llegará a acendrase en una conciencia crítica. Pero, claro está , la dialéctica no es algo cuya práctica pueda decretarse -- sin más, ni el simple resultado de una pánfila buena voluntad; = sólo es posible dentro de una cierta comunidad de principios -- (cum dubitantibus de principiis non est disputandum, dice Santo Tomás) y sobre la base de la honestidad de los dialogantes; los filósofos clásicos sabían muy bien que la ciencia política, a = diferencia de la filosofía teórica, no estaba per se dirigida a todos los hombres inteligentes, sino tan sólo a los hombres honestos (9); a los sensibilizados para intuir, cuando menos, la diferente calidad moral de Sócrates y de Caliclés.

El método dialéctico supone la integración dinámica de tres -- perspectivas, que si al pronto pueden parecer opuestas entre sí lo son tan sólo con oposición de polaridad, ya que resultan recíprocamente dependientes y complementarias: las opiniones populares, las de los hombres competentes y la del árbitro que dirige el diálogo y dice la última palabra, con la que aporta una = solución siempre aproximativa y quizá tan sólo provisional, esto es, supeditada a futuras apelaciones; sea Sócrates en el ca-

(9) Véase Leo STRAUSS, What is political Philosophy?. New York, 1968, págs 89 y 90. Esta obra y la de Wilhelm HENNIS Politik -- und praktische Philosophie, Berlín, 1963 me parece que son las dos exposiciones más sintéticas y profundas del sentido general de la antigua filosofía política. La primera ha sido publicada en español por la Editorial Guadarrama.

so del diálogo filosófico o el juez en el de la controversia fo rense. Estamos, pues, ante el correlato mental del "régimen mix to"; lo que la dialéctica significa en el plano de la sabiduría práctica es lo mismo que el "régimen mixto", en tanta combina-- ción de las tres formas políticas puras, en el plano institucio-- nal. La democracia sólo puede vivir sin degeneración dentro de esta mixtura, y otro tanto debe decirse de la aristocracia y de la monarquía o liderazgo personal; y por lo mismo la opinión po pular sólo es fecunda en la medida en que se integre en un pro-- ceso de depuración filosófica, y la filosofía política en la me did a en que arranque de la opinión popular y a la vez asuma co-- mo tarea propia el rectificarla. Es más, tan sólo a través de = esta interpenetración llega el filósofo político a entenderse = verdaderamente a sí mismo.

Si cierta identidad en los principios es necesaria para que se produzca la dialéctica, se sigue la esterilidad de los intentos contemporáneos por crear una ciencia política positiva de ámbi-- to y comprensión mundiales. Esta ciencia sólo es posible en la medida en que se silencien o no se hagan explícitos los princi-- pios y se escamoteen bajo la mesa las más fundamentales diver-- gencias; ésto, que puede ser necesario en un congreso político, donde se trata de alcanzar compromisos puramente pragmáticos, no tiene ningún sentido en un congreso de ciencia política. Pero = como el héroe del poema de Ariosto, que en el ardor de la bata-- lla no se da cuenta de que ha sido decapitado y sigue peleando, la ciencia política contemporánea sigue peleando decapitada de filosofía política.

3

La sociedad es un continuum que va desde el fenómeno elemental de la coexistencia de los "otros" con el "yo" hasta la humani-- dad en su conjunto, y la reflexión filosófica acerca de ella -- adopta en cada época un campo de despegue diferente; el "filóso fo segundo" acota aquel hecho que se le presenta como especial-- mente problemático y desde él toma rumbo hacia el horizonte de la realidad total. La filosofía social viene así a estar consti-- tuída históricamente por una serie de ámbitos de reflexión cu-- yos límites se tocan, y del conjunto resulta una figura unita-- ria, modificada y enriquecida por cada nueva aportación. Cada = una de las sucesivas epifanías de la filosofía social pone en = primer plano el hecho seleccionado, y los demás permanecen tras él como esperando a que les toque su turno.

Pero enfocar a fines de reflexión un determinado hecho social = significa desenfocar, o incluso no ver en absoluto, a los otros hechos; así, la filosofía social griega veía ante todo a la ciu dad, y no veía sino vagamente a los demás grupos (fratrias, an-- fictionías, naciente Imperio de Alejandro) y la filosofía so-- = cial contemporánea ve los fenómenos sociales primarios (la "co-- municación", el "otro", el Mitdasein heideggeriano) y no ve a = la sociedad en cuanto espíritu objetivo e institución; si hoy = hay todavía filosofía social, incluso privilegiadamente realza-- da por el existencialismo al nivel del análisis ontológico, no hay apenas filosofía específicamente política. Existe un "insti tuto de Filosofía Política" que publica puntualmente sus Anales, pero salvo contados autores, enumerables con los dedos de la ma no, se trata o bien de una disciplina puramente histórica, que se limita a profundizar, a veces con refinado virtuosismo, en = el conocimiento de las filosofías políticas del pasado, o bien de una simple variante de la ciencia política positiva caracte-- rizada por un alto grado de generalidad y abstracción.

En suma, el carácter problemático de un determinado hecho social es la cualidad que le sitúa en la zona de visibilidad del filósofo. Más allá o más acá de esta zona no llega a captarlo, o lo capta en escorzo, degradado por la perspectiva. Pero el reconocimiento inicial de tal carácter problemático no arranca de una personal decisión suya, sino que actúa como vigía y mandatario de la opinión general. El solamente contribuye a precisarlo, e incluso quizá a realzar una problemática incipiente o a arrinconar otra ya declinante, siempre dentro de estrictos límites. Si no hay cierta sintonía entre su personal reflexión y la "doxa" de que arranca no llegará a germinar la filosofía social.

Aparece ésta, pues, al hilo de los problemas sociales de cada época; un problema social no es sino una situación que incluye varias alternativas posibles y que por tanto nos deja perplejos y nos empuja a investigar en dos direcciones, filosófica e histórico-sociológica. Por una parte tratamos de descubrir la significación, práctica o teórica, de tal situación dentro del contexto general de la realidad, y por otra parte tratamos de analizar sus raíces pretéritas, o sea, el proceso genético que ha orientado su formación, y de describir su estructura actual mediante alguna tipología constructiva; quiere decirse, conceptualizándola con la ayuda de un cierto sistema de entes de razón que ordenen los datos de la realidad y faciliten las generaciones subsiguientes.

Ambos esfuerzos científicos no son sino prolongación de algo que ya está implícito en la acción social espontánea y en la "doxa" que la anima y acompaña; filosofía social y sociología son antes que ciencias, "disposiciones naturales" de la humanidad. Quien actúa en referencia a otros presupone un implícito orden social ideal al que apunta, a través de una cadena de fines intermedios y fines últimos, y también una cierta conciencia de las circunstancias históricas y actuales en las que está inmersa su acción. ¿Es posible separar ambas dimensiones, orden ideal implícito y conciencia de la situación?. Conceptualmente sí cabe hacerlo, pero sin olvidar que entre ellas existe una relación circular comparable a la que existe en un ejército entre los dos servicios del mando operacional y de la intendencia; según el plan de operaciones a emprender se regulará la acumulación de los pertrechos, y según los pertrechos que puedan allegarse se optará por uno u otro plan. Pero, como en los ejercicios mal organizados, esta circularidad puede bloquearse. Cabe que la intendencia cumpla mal su función por desconocimiento de los propósitos del mando, o porque éste no haya llegado a definirlos con la claridad necesaria, y cabe que el mando imponga a la intendencia cargas desmesuradas que no esté en condiciones de sobrellevar.

Filósofos y sociólogos repiten, en su nivel superior y más consciente, esta misma relación circular; toda filosofía social postula una sociología, y viceversa (10). Pero también aquí pueden producirse bloqueos y desajustes. Por ejemplo, la filosofía democrática de Rousseau estaba respaldada, pese a su pretensión de "prescindir" de los hechos", por una información social anacrónica e insuficiente, puesto que se basaba en los recuerdos =

(10) Un tomista diría que ambas son "substancias incompletas" = naturalmente destinadas a integrarse en una unidad superior, como lo son el alma y el cuerpo del hombre. En nuestro caso, la ciencia social sería esa unidad superior.

de las pequeñas democracias antiguas y en la idealización nos--tálgica de las instituciones de Ginebra; mando operacional e intendencia, para volver sobre el ejemplo, no engranaban entre sí. Y la sociología moderna, cuando menos en sus versiones occidentales de tipo analítico y empírico, es como un gran servicio de intendencia ordenado según muy diversos niveles de generalidad que van desde los "bancos de datos" a las abstracciones tipo --Talcott Persons, pero desconectado de la filosofía social; o me--jor dicho, conectado con alguna filosofía social presupuesta y no poseída crítica y conscientemente, sino tan sólo en el ger--men de "disposición natural" (Naturanlage) a que antes hicimos referencia. De modo que casi podríamos decir que es regla el de--sarrollo en una sola dimensión: cuando la filosofía social se = remonta de la "doxa" a la ciencia, de la disposición natural fi--losófica a la filosofía explícita, suele quedar raquítica e in--fradesarrollada la sociología, reducida a "disposición natural", y por contra, cuando ésta se despliega y articula en un cuerpo de conocimientos sistemáticos es la filosofía la que no llega = a constituirse científicamente. La más señalada excepción a la regla es la Política de Aristóteles, en la que filosofía y so--ciología se desarrollan de modo paralelo hasta el punto de que no cabe realmente hablar de dos ciencias diferenciadas, y de --ahí la permanente significación de esta obra.

La ciencia social padece, pues, una especie de esquizofrenia o hendidura casi crónica entre saber ontológico y saber empirioló--gico; hendidura que puede darse también, desde luego, al nivel de la acción espontánea, pero que a tal nivel se delata porque se traduce, sencillamente, en el fracaso de esa acción; a no --ser que funcionen a tiempo mecanismos autoreguladores y siste--mas de comunicación que restablezcan los contactos entre mando e intendencia. Si bien se piensa, en la génesis de toda acción no fracasada han funcionado a tiempo tales mecanismos y siste--mas; a ellos está ligado el éxito de la praxis humana. La cien--cia social, por contra, puede permitirse el lujo de mantener du--rante generaciones la desconexión entre los dos saberes, como = un ejército puede permitirse, mientras no entre en guerra, el = lujo de no coordinar sus dos servicios. El problema radica en = que esta ciencia esquizofrénica pueda afrontar victoriosamente una gran crisis histórica, como, por ejemplo, la que parecen --prenunciar los actuales movimientos de la "nueva izquierda"; del muy notable libro de Alvin W. Gouldner The Coming Crisis of Wes--tern Sociology (Londres, 1971) se siguen consecuencias fundada--mente pesimistas, aunque me parece que este autor no llega a to--car la raíz del problema por falta de una adecuada profundiza--ción filosófica.

La separación entre filosofía social y sociología es consecuen--cia del contagio de los métodos propios de las ciencias natura--les, transpuestos sin crítica al plano de la ciencia social. --Primero hay una larga etapa de importaciones declaradas: meca--nismo hobbesiano, forzada coincidencia del método jurídico y --del método matemático en Grocio y sus sucesores, organicismo de Spencer. Pero desde fines del siglo XIX el naturalismo aparece mucho más sutil; ya no se trata de copiar una metodología extra--ña, sino de construirla con criterios análogos a los de la cien--cia natural, y diría que imitándola in sua operatione, non in suo opere, como según Santo Tomás el arte imita a la naturaleza. Tales criterios análogos se cifran en la autonomía de la cien--cia positiva respecto de la filosofía social, como modo de prese--var el carácter descriptivo y no axiológico de aquella, y en el

culto de esa peculiar forma de abstracción que es la "precisión"; los fenómenos sociales se aislan y recortan, segregándolos del continuum social y traduciéndolos a una terminología técnica, = formalizada y "protocolaria", es decir, conforme a las necesidades internas del círculo científico pero ininteligible para el hombre común, con lo que la separación del plano de la "doxa" = queda perfectamente consumada y roto el puente dialéctico. Estamos así en los antípodas del viejo precepto aristotélico: "al = nombrar las cosas hay que adaptarse a los muchos" (11); y en -- los antípodas también, por tanto, de toda pedagogía social.

Si la filosofía social, por la antes señalada ligazón a los problemas propios de cada época, propende a la exaltación de determinados hechos y a la invidencia o desenfoco de otros, la traducción a un lenguaje esotérico de la información sociológica, = que debería ser su puntual intendente, no hace sino acentuar -- tal propensión. El lenguaje común, rezumante de historia, está lleno de irisaciones y referencias que si al científico natural pueden resultarle perturbadoras son, en cambio, preciosas para el auténtico científico de la sociedad, o sea para el pedagogo social (12). Decir "Estado", por ejemplo, es evocar una más rica, aunque desde luego menos "precisa", realidad que decir "sistema político", y a partir del término "Estado" cabe emprender, por lo mismo, una labor de esclarecimiento progresivo que signifique a la postre una auténtica ganancia intelectual; ganancia que no tenemos ninguna garantía de obtener si iniciamos nuestra especulación a partir de un término técnico. No cabe, por lo -- demás, excluir la posible necesidad final de jubilar y sustituir ciertas palabras equívocas que se nos muestren infecundas a lo largo del proceso dialéctico y que puedan suponer un engañoso proton pseudos; en este caso me parece que está, por ejemplo, la tan trillada palabra "soberanía". Pero tal jubilación, = y la consiguiente innovación lingüística acaso necesaria para = cubrir el hueco por ella producido, es algo que el científico = social no puede decretar a priori y caprichosamente, sino algo cuya utilidad ha de demostrar, pues a él le corresponde la carga de la prueba. Toda terminología técnica debe ganar a pulso = su derecho a la circulación; y este esfuerzo es parte esencial de la investigación científica.

Nos ocuparía mucho tiempo examinar ahora los diversos tipos de ese naturalismo sutil que brota desde fines del siglo pasado y verificar cómo cada uno de ellos pretende alcanzar la autonomía de la ciencia positiva respecto de la filosofía social y construir un lenguaje formalizado; Durkheim y Max Weber podrían ser vir de calificados ejemplos. Como observación general, subrayemos que al trasluz del lenguaje formalizado se adivina siempre una filosofía detenida al nivel de la "disposición natural"; -- quiérase o no, la sociología florece in umbra philosophiae, y -- sus términos están impregnados de juicios de valor. El desarrollo científico no consiste en perseguir el fantasma de una neu-

(11) Tópicos, 2,2, 110 a. También Santo Tomás en De Veritate, = 4,2,

(12) Conviene aclarar que en Jurisprudencia el lenguaje técnico tiene, precisamente por el carácter decididamente práctico de = esta ciencia, una justificación mayor que en sociología; el proprio proceso dialéctico empuja a tipificar, clasificar y definir. Pero ello tan sólo en la medida en que tal lenguaje sirva a su finalidad de determinar cual es, en cada caso, la solución conforme a derecho.

tralidad inalcanzable, sino en poner una y otra vez las cartas boca arriba, clarificando y explicitando todo presupuesto filosófico larvado en el curso de las investigaciones científico-políticas.

Venimos hablando genéricamente de "ciencia social", pero dentro de ella hay un capítulo muy importante al que corresponde la -- más tradicional denominación de "ciencia política". Durante siglos, la mirada de los científicos sociales, totalistas o parceladores, se ha posado preferentemente en esa cima de la sociedad que es el Estado, por fuerza sin duda de la tradición griega, que, como antes señalamos, veía a la ciudad y tan sólo entreveía a los demás grupos sociales, pero por fuerza también de la condición especialmente problemática que la política presenta en todo momento. Se trata de un sector de la sociedad desde el que se gobierna al conjunto de la misma, como desde la cabina de mandos se gobierna al barco; y en ella, por lo mismo, está de cierta manera presente la realidad de todo el barco. De aquí que, en principio, estén los científicos políticos quizá = mejor situados para obtener informaciones generales y sintéticas sobre el conjunto de la sociedad que los científicos sociales aplicados al estudio de otros sectores de la misma. Cierto que ésto les ha llevado muchas veces a adoptar una actitud de suficiencia molesta, comparable a la de aquellos metafísicos escolásticos de hace unos años que se creían poseedores de una especie de "saber eminencial" en el que se enrocaban para dictaminar con suma ligereza acerca de los demás sectores científicos.

Por ser la política el locus donde se toman las grandes decisiones sociales --y a veces eligiendo entre alternativas tremendamente graves-- la filosofía, sea en su forma incoactiva de "disposición natural" o en su forma desarrollada, está en ella siempre presente; lo cual quiere decir que preterirla o desconocerla es conducta mucho más censurable en el científico político = que en cualquier otro científico social, y fuente de más peligrosas consecuencias. Estudiar con asepsia y neutralidad una -- realidad subpolítica, como por ejemplo, la estratificación social, no será en último término ni siquiera posible; pero, con toda, la asepsia y la neutralidad falsean aquí menos el objeto de estudio que cuando se aplican al Estado, entidad constituida a la vez por realidades y pretensiones, por cristalizaciones -- institucionales y proyectos configuradores del futuro. La ciencia política debe ser un vaivén continuo entre la filosofía y = la sociología, entre la valoración y la descripción, y a sus -- cultivadores les conviene tener una conciencia especialmente viva del contexto sociológico de la filosofía y del fermento filosófico que trabaja, desde dentro, a toda realidad social. Diríamos --rizando el rizo de nuestra anterior comparación militar-- = que ni un sólo momento deben desconectarse mando e intendencia, pues así como en los otros sectores de la sociedad las situaciones de crisis se presentan de un modo espaciado y sordo, en el sector político la crisis es continua y clamorosa.

Cuando observamos, no obstante, la situación de la ciencia política en nuestros días comprobamos que la realidad se separa -- enormemente del ideal. En tanto ciencia, la sociología nace en en el siglo XIX como una "contraestructura", como correlato mental de la separación entre la sociedad y el Estado; la más o menos teórica, pero históricamente operante, integración de la sociedad en el Estado, a través de la ordenación estamental del = antiguo régimen, había asegurado a la ciencia política durante

muchos siglos un práctico monopolio, una condición de ciencia social única que cubría bajo sus alas a todos los fenómenos sociales; realmente tenía una significación "arquitectónica", para emplear la expresión de Aristóteles. Pero he aquí que las revoluciones industrial y política que acaban con el antiguo régimen, dulcemente en Inglaterra y violentamente en Francia, desenganchan a la sociedad del Estado; más aún, traen a la vida como criatura diferenciada algo que se empieza a llamar "sociedad" y que por de pronto no es sino un nombre designado de cuanto, siendo social, no es Estado. En el reino de las ideas la sociología acoge esta vaga realidad residual, e intenta, desde Comte, encontrar en ella una legalidad inmanente, física o cuasi-física, que venga como a cubrir el vacío dejado por la retirada de la legalidad estatal y jurídica. Luego, en el siglo XX, el sueño de encontrar "leyes sociológicas" será sustituido por la más sobria pretensión de encontrar en la sociedad -en el no Estado- formas y tendencias conceptualmente inteligibles, y desde luego separadas del mundo de las valoraciones legales y morales.

En suma, el caballo derriba al jinete, y pugna por construirse una conciencia propia en la que no entre su antigua condición = subordinada. Pero la historia no se detiene aquí, pues el espíritu sociológico acaba extendiéndose al propio Estado y a la su perviviente ciencia política, que a partir del desenganche de la sociedad había ido atrincherándose en su mundo más peculiar y defendible, en el mundo del derecho constitucional. La "sociologización" de la ciencia política, supuestos los precedentes reseñados, solo podía venir a parar en la disolución del Estado en la Sociedad; de la antigua "estructura" en la "contraestructura" victoriosa. La nueva ciencia del no Estado acaba atrayendo a su campo, y remodelando sobre sus propias bases, a la vieja ciencia del Estado.

El resultado de esta operación anexionante se sigue llamando -- hoy "ciencia política", pero el término ha de entenderse con suma precaución; en realidad, la sociología ha endosado a la "ciencia política", metiéndoselo dentro como principio animador y concepto eje, un tema que a ella le resultaba incómodo y desazonador, el tema del poder; le resultaba desazonador por la obvia razón de que, al haberse constituido originariamente como "contraestructura", como "contrapoder", no sabía de qué modo reencajar en sus propios esquemas el factor eliminado.

La historia es curiosa, y ha venido a sellar decisivamente el = destino de nuestra ciencia y a incapacitarla casi absolutamente para cumplir su primitiva función de pedagogía social. La referencia etimológica a la "polis" encubre (cuando menos a los -- ojos de los profanos) el hecho de que la hoy llamada "ciencia = política" ya no tiene, salvo en contados autores, al Estado, o grupo político, como objeto propio; al Estado tomado en su íntegra y compleja multilateralidad. Antes bien, lo que hoy la ocupa es el estudio de los fenómenos de poder, sea cual fuese el = marco social en que acaezcan. De hecho, claro está, los fenómenos de poder preferentemente considerados siguen siendo, hasta la fecha al menos, los políticos; pero, por un lado, la moderna ciencia política se desentiende de cuanto en la política no es poder (o si accede a estudiarlo es contemplándolo a través del estrecho punto de mira del poder, por fuerza empequeñecedor y = deformante) y por otro lado acoge el estudio de cuantos fenómenos de poder se producen en contextos no políticos; por ejemplo, en el seno de un grupo profesional, de una institución religiosa

sa e incluso de una familia. Es ésta, pues, una sorprendente situación que no creo tenga muchos paralelos en la historia de la ciencia. Como el cangrejo ermitaño, una nueva y sigular construcción científica -a la que propiamente deberíamos llamar "crato-logía" o ciencia del poder- se ha alojado dentro del caparazón de la ciencia política y la ha usurpado el nombre y la sustan-cia.

En tal situación no es fácil, repito, que la ciencia política = reasuma su insoslayable función pedagógica, y que a través de = ella acierte a infundir en la sociedad una conciencia crítica y = más refinada de sí misma, en la doble acepción especulativa y = moral que el término "conciencia" tiene. Pero quizá la reconsi-deración de la ciencia política tradicional -a la que por lo demás invita hoy "the coming crisis" de la sociología- nos ayude = a ir despejando caminos.

